

PRESENTACIÓN DEL LIBRO “SERVIDOR FIEL” CARDENAL ADOLFO SUÁREZ RIVERA

**Mons. Mario Espinosa Contreras.
Obispo de Mazatlán**

En los primeros meses de 1971, en San Cristóbal de las Casas, ante la necesidad de nombrar un nuevo Vicario General, Don Samuel pidió al Presbiterio que se pronunciaran mediante voto, a quien convendría elegir para tan significativo servicio, y por consenso unánime expresaron que el idóneo para tal ministerio era el Padre Adolfo Antonio Suárez Rivera, quien se desempeñaba como Párroco de San Bartolomé de los Llanos o Venustiano Carranza. Sin embargo, poco antes de asumir esa responsabilidad, el Santo Padre Pablo VI elegía al Padre Suárez como V Obispo de Tepic.

Este hecho nos habla como los Presbíteros de San Cristóbal de las Casas, valoraban al familiarmente llamado Padre Tony. Apreciaban en él lo que muchos gustamos de su rica personalidad: su sentido de las personas y capacidad de escucha, su acendrado humanismo y espíritu evangélico, su gran educación y fineza, su índole positiva que le propiciaba percibir los valores y cualidades de los demás, su apertura humana y mental, su creatividad, habilidad organizativa y constructiva - son significativas las muchas obras materiales que realizó y promovió en las Iglesias particulares que presidió, destacándose: nuevos Seminarios, Obispos, Curias, arreglo de Catedrales y la adquisición de El Refugio Ellos admiraron y nosotros también su gran resistencia para trabajar y atender a las personas dándoles amplio tiempo, restando muchas veces horas a su descanso. Contemplamos en él, el ser desprendido del dinero, el ser muy generoso, narra Mons. Eduardo Flores Ruiz, quien lo conoció desde los cinco años y fue su Rector en el Seminario de San Cristóbal, “que cuando veía llegar a su casa algún obrero sudoroso bajo el peso de una carga, corría con un lienzo en la mano para enjugarle el rostro, y buscaba en la cocina que darle de comer y en la despensa alguna provisión para la familia”. Igualmente su hermana Rosa Alicia da este testimonio: “siempre he visto en ti tus cualidades de profundo sentido humano; tiendes la mano en servicio al prójimo con sabiduría, humildad y generosidad sin límites, tanto en el terreno espiritual como en el material, pues muchas veces te quedaste sin dinero para dárselo al que tenía hambre, y otras veces te vi quitar las cobijas de tu cama para dárselas al que tenía frío... (8 de marzo de 1977). También con naturalidad era muy agradecido, sabía alentar a las personas y abrir el horizonte a los decaídos.

Los Padres Solórzano, Tamayo y Don Magín Torreblanca Reyes que lo conocieron y trabajaron con él en San Cristóbal, afirmaron de Don Adolfo Antonio: “El Padre Suárez de verdad que era un hombre blanco, en sus modales, en su sonrisa, en sus palabras, porque en su persona no tiene cabida la malicia, hombre blanco en su alma y en su corazón, porque en su ser no cabe la mentira”.

Ellos también testimoniaron: “... El Padre Tony difundía el incienso de confianza... era ameno e interesante, profundo... exigente pero comprensivo, los alumnos lo admiraban y lo deseaban como maestro... Que conste, el Padre Tony no sólo era el maestro que enseñaba con la palabra luminosa de la cátedra, sino en su constante modo de ser y de vivir, era un maestro”.

Considero que podemos afirmar que fue un hombre, un sacerdote, un obispo según el Concilio Vaticano II; siendo estudiante había asimilado las líneas teológicas renovadoras del preconcilio, las luces magistrales de las Encíclicas de Pío XII y con ellos se dimensionó entusiastamente de las riquezas del Vaticano II, y fue una expresión de la Iglesia servidora del mundo y experta en humanidad.

En el correr de los años fue elegido por los Señores Obispos mediante votos, para ser Vicepresidente de la CEM, en los inicios de su episcopado; igualmente fue escogido como Delegado a la Tercera y Cuarta Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Puebla y Santo Domingo, para ser miembro de los Sínodos Universales sobre la Evangelización, la Familia, y la Penitencia, y por dos veces le confiaron la Presidencia de la Conferencia del Episcopado Mexicano.

Es un gozo y alegría que el Padre Manuel Olimón Nolasco haya laboriosamente escrito sobre Don Adolfo Antonio Suárez Rivera, un libro amplio y extenso sobre la personalidad y aspectos relevantes del recorrido humano, sacerdotal y episcopal, de su Eminencia. La redacción es con estilo fluido, ameno e interesante, y para quien guste profundizar tiene al pie de las páginas nutridas citas.

La base de lo narrado es su cercanía con la persona del Cardenal Suárez en tareas y proyectos; la experiencia propia del Padre Olimón del encuentro con él, las conversaciones que sostuvieron en base de unas pocas preguntas, no entrevistas, el Padre después de las conversaciones escribía apuntes que le sirvieron para la elaboración del libro; lo escrito es también reflejo del acervo bibliográfico, hemerográfico y archivístico que el Padre Manuel ha reunido en cerca de cincuenta años.

No es una biografía, sino va presentado a Mons. Suárez inserto y activo en el contexto mundial y nacional, en el camino de la Iglesia en el mundo contemporáneo especialmente en relación con el Vaticano II. Creyó que era lo correcto para comprender la personalidad rica del Cardenal Suárez, entretejiéndolo con los autores y complejidades del siglo XX. De esta forma el libro es un acervo rico para la historia de la Iglesia en México. No se dice todo acerca de Don Adolfo, están sus pasos en la realidad eclesial, nacional o internacional.

En los primeros capítulos son valiosas las transcripciones de lo que el propio Sr. Suárez Rivera escribió de su infancia y juventud, están sus afectos más interiorizados, una especie de acción de gracias a sus padres, hermanos, sacerdotes, obispos de Chiapas que lo valoraron y le facilitaron los mejores caminos para su formación integral en San Cristóbal, Xalapa, Montezuma y Roma.

Como Obispo Mons. Suárez Rivera se esforzó con lucidez de dar su aporte eficiente para que las Iglesias particulares que sirvió, se dimensionaran con las luces y directrices del Concilio Vaticano II, con la Evangelii Nuntiandi y Puebla, trató que se renovarían de cara a un mejor ministerio al mundo contemporáneo, insistió que las Curias diocesanas fueran el rostro amable y ejemplar de las Iglesias locales, propició la fraternidad sacerdotal en los Presbiterios, el sentido eclesial de las religiosas, la evangelización del laicado para que fuera más maduro y participativo, y una formación integral, decidida y sincera en los seminaristas.

En los acontecimientos, hechos y situaciones difíciles y complicadas fue un hombre ecuánime, teniendo apertura y esperanza real, con actitudes y acciones constructivas hacia una mejor realidad. En sus circulares, cartas pastorales y escritos tiene un rico magisterio con riqueza teológica y pastoral, y siempre con sentido positivo. Tiene también un pensamiento social sólido y ortodoxo.

En 1978, ante de propuesta de despenalizar y legalizar el aborto provocado y el control natal, la CEM - donde estuvo también el aporte del Sr. Suárez - fue lucida al tomar el criterio de hacer un documento, que no fuera sólo defensivo ante la posibilidad de un cambio legal, sino propositivo en cuanto el sentido cristiano de la vida humana, y que constituyera un punto de arranque para la formación de la consciencia, en tan delicadas materias. Se tomó el acuerdo que no se hiciera un documento nacional sino que lo hicieran por Regiones Pastorales, y así fue.

La Región Pastoral de Occidente hizo el suyo y lo publicó el Miércoles de Ceniza - 8 de febrero de 1978, "Acerca del sentido cristiano de la vida y del aborto provocado" fue un documento extraordinario del que Mons. Suárez expresó: "como se verá por la simple lectura de esta exhortación y orientación pastoral, el asunto que se trata es sumamente importante, pero no va dirigido a polemizar contra la posible "legalización" del aborto, sino que ahonda en un tema profundamente humano y cristiano, como es el aprecio a la vida, dentro del plan maravilloso de la creación y redención humanas". En el momento actual esta exhortación convendría retomarla como inspiración.

A la luz de Puebla Don Adolfo entendió que el papel del Obispo es acompañar y propiciar un proceso de cambio hacia una Iglesia servidora, decía él: "desde luego, un buen número de decisiones quedan fuera de nuestro alcance. Pero tratándose de personas y de estructuras y siendo las actividades ante todo de formación y diálogo, se trata de crear un clima propicio para la conversión, despejar tensiones y poder en el futuro favorecer una pastoral de conjunto".

Mons. Suárez Rivera fue un protagonista activo y calificado con aportes significativos, en el laborioso y progresivo itinerario, en orden al reconocimiento jurídico de la Iglesia en México, y la normalización de las Relaciones Iglesia - Estado.

El Padre Olimón presenta ampliamente la historia del camino y desarrollo, hacia una nueva realidad jurídica de la Iglesia en México, que se inicia con la orientación de S.S. Juan Pablo II, en su Primera Visita a nuestro país, donde en su encuentro con los Sres. Obispos, les señaló que la situación jurídica de la Iglesia entre nosotros, era anómala, más deficiente en México que en Polonia, que la mexicana era más Iglesia del silencio.

Ante tal orientación pontificia, con el consenso de la CEM, unos señores Obispos entre ellos Mons. Suárez Rivera, dieron inicio a las gestiones, y se entrevistaron con el Presidente Miguel de la Madrid, quien se reconocía católico, sin embargo les expuso a los Obispos que en su mandato no se cambiarían las leyes, sin embargo les recomendó cuatro acciones, 1) ir reescribiendo la historia de México más allá de Alfonso Toro, 2) mantener contactos con el Sindicato de Maestros, 3) establecer contactos con la CTM y 4) estar en dialogo constante con los periodistas. En el libro del Padre Olimón encontramos con interesantes relatos narraciones de diálogos, reuniones y esfuerzos que hicieron el Sr. Arzobispo Sergio Obeso Rivera, el Sr. Arzobispo Corripio Ahumada, los Sres. Obispos Suárez Rivera, Luis Reynoso y Pérez Gil, el Sr. Nuncio Prigione y el Sr. Abad de Guadalupe Schulenburg, en este arduo trabajo hacia un cambio, de la situación jurídica de la Iglesia en México.

Don Adolfo en su primer periodo como presidente de la CEM tuvo el gusto de ver coronados tantos esfuerzos, al llegar a la reforma del Artículo 130 y establecer un estatuto jurídico diferente para la Iglesia Católica en México.

También en el Libro del Padre Olimón Nolasco, se presenta como el Cardenal Suárez Rivera, sufrió dolores y sufrimientos, abnegadamente en la cruz de Cristo. Incomprensiones nacidas muchas de ellas, desde su origen de nacimiento en Chiapas y sufrir con Don Samuel Ruiz culpas indebidas y nunca comprobadas. Había quienes no podían entender y menos soportar el apoyo incondicional a la verdad, que tomaba forma en la defensa a la persona del Sr. Obispo Don Samuel Ruiz, a esos oídos sonaban muy mal palabras del Sr. Suárez como: "Don Samuel ha sabido ser puente... instrumento para la comunicación, factor relevante en la búsqueda de la paz. Todo esto con especial dignidad y rara claridad".

El autor del libro no ha tratado de rendir culto a una personalidad, lo cual es en definitiva denigrante, sino presentar lo que fue una vida normal y entregada, y reconocer en ella al hombre

que inspirado en Cristo vivió su lema y divisa: “al servicio de mis hermanos”. Cumplió la promesa pública que hizo en las vísperas de su Ordenación Episcopal, asumiendo como propia la expresión del Apóstol Pablo: “me gastaré y me desgastaré al servicio de mis hermanos” (2 Cor 12, 15).

Don Adolfo al término de una de sus experiencias episcopales escribía: “me he esforzado por ejercer mi cargo de obispo, no como quien domina, sino como quien sirve, en la dimensión del Buen Pastor. Pero consciente de mi pobreza humana, temo no haber siempre acertado... Tengo la conciencia de haber amado en Cristo a todos ustedes. Ojalá que ustedes hayan tenido esa impresión. De no ser así les pido humildemente me perdonen”. Gracias, Padre Manuel Olimón Nolasco, por regalarnos por escrito, rasgos, gestos, palabras y actitudes, de una persona que se esforzó por ser Servidor Fiel, y de quien esperamos goce la plenitud de su ser, junto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, nuestro Dios a quien trato de amar y servir. Que así sea.

Arzobispado de Tlalnepantla
Tlalnepantla, Edo. de México
22 de agosto de 2014